

Transiciones a la adultez. Prácticas e imaginarios del *dejar de ser joven* de adultos jóvenes y adultos mayores en Puebla y Monterrey

Transitions to adulthood. Practices and imaginaries of the stop being young in young adults and senior adults' practices in Puebla and Monterrey

Flor Urbina Barrera
Gabriela Flores Balbuena

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

*“Te cuido al niño siempre y cuando tú,
o tu esposa, sigan trabajando”
(Carlos, 70 años)*

Resumen

Para dar cuenta de las prácticas en el dejar de ser joven, este artículo se organiza en tres apartados. En el primero se exponen dos nociones, la de transiciones a la adultez, en el sentido de un conjunto de prácticas y eventos que son reconocidos como marcadores del alejamiento de lo juvenil, eventos que se encuentran institucionalizados y que dan lugar a las representaciones sociales del ser adulto. La otra noción, es la que llamamos imaginarios del dejar de ser joven, que transcurre en una dimensión simbólica que admite

Abstract

To be able to tell about the practices of stop being young, this article is organized into three sections. In the first section, two concepts are presented, the transition to adulthood in regards to a set of practices and events that are recognized as markers of the distancing from the juvenile, events that are institutionalized, and prompt the social representations of being an adult. The other concept is the one that we call imaginaries of stop being Young; those take place in a symbolic dimension that recognizes the local and specific

elaboraciones locales, específicas, sobre lo que se reconoce, identifica y sanciona como propio de quienes han dejado de ser jóvenes. En el segundo apartado se muestran adultos jóvenes y sus percepciones sobre el dejar de ser jóvenes y los tránsitos hacia la adultez. En el tercer apartado se muestra la trascendencia de la participación de los abuelos en la proveeduría y cuidado de los hijos y nietos; en una exposición que se entrecruza con una serie de imaginarios extraídos de los relatos biográficos obtenidos por medio de 42 entrevistas: desde ahí es posible mirar los sentidos y resignificaciones que los adultos jóvenes de Puebla y Monterrey otorgan a sus prácticas concretas en las transiciones a la adultez. Hay diferencias significativas en relación al género y la posición sociocultural que ocupan los adultos jóvenes con respecto a la manutención y/o el cuidado. También muestran que estos hombres y mujeres elaboran estrategias que les permiten dar solución a lo que ellos mismos consideran *los problemas y preocupaciones cuando ya no se es tan joven*.

Palabras clave

Transiciones a la adultez, dejar de ser joven, proveeduría y crianza, adultos mayores.

elaborations about what it is defined and sanctioned as stop being young. In the second section, Young adults, their view about stop being young, and their transition to adulthood is shown. In the third section, it is shown the relevance of the grandfather's participation in the support and care of the children and grandchildren, in an exposition that crosses with a series of imagery obtained from biographical stories derived from 42 interviews: from there it is possible to observe the definition and resignification that young adults from Puebla and Monterrey give to their concrete practices in their transitions to adulthood. There are significant differences related to gender and sociocultural position that young adults occupy concerning the self-support and/or self-care. It is also shown that these men and women create strategies that allow them to solve what they consider *the issues and concerns when you are not that young*.

Keywords

Transitions to adulthood, stop being young, support and upbringing, senior adults.

Introducción

Las ciencias sociales ofrecen diversas reflexiones ante los cambios que los sujetos sociales experimenten en las fases etarias de la trayectoria de vida: infancia o niñez, juventud, adultez, vejez. Estos cambios son normados cultural y socialmente. En este sentido, desde la perspectiva sociodemográfica, la noción de *transiciones a la adultez* se utiliza para explicar los diversos grupos de edad diferenciados por sexo que integran la estructura social: los casados o unidos, los divorciados, los profesionistas, los empleados, los desempleados, las madres y padres, etcétera; asumiendo que por tener un específico número de años se debería estar dentro o fuera de alguno de tales indicadores. Sin embargo, en otras disciplinas de las ciencias sociales esta noción permite la comprensión de los procesos de construcción de sujetos adultos.¹ Igualmente permite mostrar las discontinuidades y condicionantes para profundizar en las expectativas, diferencias e inequidades de género, raza o etnia.

En México, la estructura etaria se configura a partir de grupos de edad, de acuerdo al documento *La situación demográfica en México 2014* del Consejo Nacional de Población (CONAPO) los grupos etarios están constituidos por la población infantil adolescente de 0 a 14 años, la población joven cuya edad oscila entre los 15 y 29 años, la población adulta joven ubicada entre los 30 y 44 años, la población adulta con edades de 45 a 64 años, y adultos mayores con 65 y más años. Por otra parte, la estructura por edades es utilizada en estudios econométricos para el análisis de las transiciones demográficas en relación con diversos fenómenos y variables de índole social tales como desempleo, fertilidad, envejecimiento, salud, migración y educación, entre otras.²

Desde los estudios antropológicos, y otros estudios de la vida cotidiana, se visibilizan las transiciones a la adultez desde la interacción

1 Véase el capítulo 1 de la tesis doctoral *Prácticas y discursos en torno a las transiciones hacia la adultez: el dejar de ser joven*, en donde se exponen las perspectivas y matices teóricos para el abordaje del alejamiento de la juventud y los cambios de índole social que configuran a la adultez (Flores, 2018b).

2 Contamos con los excelentes trabajos de Coubès y Zenteno, 2005; Oliveira y Minor, 2009; Pérez, 2014.

social, la cual se constituyen en una pieza indispensable para comprender los significados sobre lo que sucede y cómo es que acontecen los cambios sobre el alejamiento de la juventud. En este sentido, es interesante el texto de Ortiz y Mendoza (2016) que muestra a un conjunto de individuos con edades entre los 25 y 35 años, a los que los autores se refieren como jóvenes, algunos de los cuales experimentan la transición a la adultez particularmente a través de salir de sus lugares de origen para ir a estudiar un posgrado fuera de su país; conjunto que sobresale de los mostrados en otros estudios, no sólo por los rangos de edad, sino por el perfil de mayor escolaridad (véase también Urbina, 2018; Rivermar, 2012).

Los estudios pioneros que se enfocaron en los tránsitos o pasajes de aquellos individuos que dejaban de ser niños para ser adultos o miembros activos de su sociedad, ponían en la mira el alejamiento de la niñez (Ariès, 1987; Turner, 2005; Van, 2008). En el presente artículo la mirada no está en aquellos que dejan atrás la infancia, sino en quienes son reconocidos, a la vez que reconocen de sí mismos, que están dejando de ser jóvenes.³ Este posicionamiento implica mirar la construcción social e institucionalizada, de sujetos adultos distanciados de los contingentes juveniles. De lo anterior, en este documento se muestran los imaginarios de adultos con edades entre los treinta y cuarentas, considerados aquí adultos jóvenes. Para evidenciar los imaginarios sobre el distanciamiento de la juventud analizaremos las narrativas de los sujetos, a través de integrar las imbricaciones entre las prácticas que se llevan a cabo, las representaciones sociales establecidas en las instituciones y los imaginarios que se elaboran en la cotidianidad y que transcurren instaurados en el reconocimiento y sanción de las prácticas del día a día.

Transiciones a la adultez e imaginarios del dejar de ser joven

La concepción moderna occidental de juventud, que fuera esbozada por Jean-Jacques Rousseau, y que siglo y medio después nutre los argumentos de Stanley Hall y Emile Durkheim, señala una doble separación: la primera de ellas es considerar un mundo natural y otro social, cristalizados

3 Véase Urbina et. al. (2018).

en la visión médica y biológica de juventud articulada en lo psicológico *naturaleza* por Hall, frente a la visión institucional de juventud fundada o articulada en lo social *cultural* por Durkheim; la segunda separación consiste en negar lo imaginario en la razón argumentativa *explicativa* de la ciencia. Durante el siglo XX y la primera década del siglo XXI estas concepciones son reformuladas por diversos autores⁴ en sus discursos científicos. De tal suerte que alejarse de lo juvenil trae aparejadas imágenes adultas, asociadas a seres completos e independientes toda vez que ya han pasado las fases de crecimiento biológico/fisiológico y de inestabilidad emocional.

Nos referimos a las transiciones a la adultez identificadas como cambios marcados por eventos que distancian a los sujetos de una condición juvenil y los agregan al conjunto de la población adulta; eventos como la participación en el mundo laboral, la conyugalidad o unión, la maternidad o paternidad, entre otros, que son reconocidos e institucionalizados. Por su parte, entenderemos el dejar de ser joven como una dimensión simbólica y construcción social, local e incluso individual. En esta dimensión simbólica, en donde lo permitido y lo sancionado aparecen como normas para preservar y continuar el orden cultural. La repetición y la irrupción de estos imaginarios se constituye entonces en formas reconocidas en las interacciones que establecen los sujetos sociales, de tal manera que no sólo se transita a la adultez, sino que se identifica que se he dejado de ser joven.

En esta disertación, partiremos de las aportaciones de Gilbert Durand (1968) en cuanto a que son las estructuras las que nacen de la capacidad figurativa del homo symbolicus y no al revés. En este desplazamiento epistemológico, la antropología social destierra las ideas en torno a que las imágenes constituyen mentalidades pre lógicas, o que forman parte del sentido común; e instaura la posibilidad de estudiarlas a partir del análisis de lo cotidiano, toda vez que los imaginarios son organizados y expresados por los sujetos al relacionarse con el entorno en corresponden-

4 Véase el texto *Juventud y antropología: una exploración de los clásicos* en donde se exponen los obstáculos epistemológicos de la concepción moderna de juventud y cómo ha sido legitimada por algunos estudios antropológicos recientes de juventud (Urteaga, 2009).

cia con los ordenamientos de carácter económico y social; ordenamientos que posteriormente institucionalizan esas prácticas cotidianas. De esta manera, los imaginarios son generados en las prácticas cotidianas y son también generadores de éstas, es decir, se constituyen en formas de acción social con movimientos múltiples: se reproducen en las interacciones sociales, se internalizan en las prácticas diarias hasta llegar a instituirse como *normales* en la construcción social. De ahí que sea posible derivar múltiples relaciones en estos procesos: desde aquellas que se asocian a las formas sociales de legitimación, hasta aquellas que hacen referencia a las sanciones que un grupo impone, y/o aquellas que muestran cómo se han institucionalizado en los entornos social y material en donde la imaginación y la significación son plasmadas a través de la producción de lo cotidiano materializándose en relatos, comportamientos sociales, imágenes iconográficas y símbolos rituales, entre otros.

Si se parte de las premisas de que los contextos culturales diferentes conciben y producen diferentes formas de adultez (Mead, 1979; Benedict, 2008); de que la socialización en las clases de edad están relacionadas a las transiciones formalizadas y al estatus adulto (Bernardi, 2002; Spencer, 1996); y de que hay eventos o ceremonias que se llevan a cabo para marcar el tránsito de una etapa de la vida a la otra (Van Gennep, 2008; Turner, 1988), entonces es posible afirmar que en las sociedades occidentales, regidas por el derecho romano y moral cristiana, el estudio de las transiciones a la adultez y el dejar de ser joven puede ser abordado a partir del esquema donde las juventudes se encuentran en una especie de etapa intermedia o de moratoria social entre los márgenes de la dependencia juvenil y la autonomía adulta. Estos posicionamientos suponen que los sujetos que dejan de ser jóvenes han adquirido en las instituciones de la sociedad las cualificaciones para enfrentar las responsabilidades de la adultez; así mismo, las condiciones de subordinación y dependencia socio-económica que caracterizan a lo juvenil han sido superadas. En esta lógica, hay eventos y tensiones que marcan la liminalidad del dejar de ser joven, al contener imaginarios que refuerzan o confrontan el distanciamiento con lo juvenil, al mismo tiempo que algunas resistencias a incorporarse a la etapa de la adultez plenamente aceptada. Prácticas específicas, aso-

ciadas fundamentalmente a tres espacios sociales, el familiar, el laboral y el tiempo libre.

En este sentido, el espacio familiar contiene la estadía, salida o retorno de la casa de los padres, la formación de una nueva familia, el ejercicio de la conyugalidad, la proveeduría y la parentalidad;⁵ el espacio laboral aglutina una serie de eventos y/o interacciones sociales como el ingreso o permanencia en el mundo del trabajo, y las trayectorias en el empleo; el tiempo libre conlleva un espectro de prácticas que van desde las rutinas al interior de la casa y de la familia, hasta las actividades recreativas de índole social que se llevan a cabo en enclaves y reductos de orden público. Aquí, estos eventos y las prácticas que los conforman se abordan como dimensiones de la interacción social para visibilizar cómo se realiza el distanciamiento de la juventud al mostrar los códigos de diferenciación y los ámbitos de influencia en entornos localmente diferenciados.

Algunas de las formas para expresar los cambios contemporáneos sobre las Transiciones a la Adultez tienen relación con lo que los autores llaman juventud alargada (Coelho *et al.*, 2014), noviazgos y matrimonios postergados (Urbina, 2011a), crisis de la mediana edad (Villarreal, 2008), adultez emergente (Arnett, 2008; Casal, 1996); transición precaria (Gentile, 2006) y maternidad postergada (Paredes, 2013). Estas formas de nombrar aluden a desplazamientos alargados entre la separación de la infancia, o de la condición juvenil, y la posterior agregación o integración a la nueva ubicación social y simbólica; estas tres fases de las transiciones generacionales [distanciamiento –fase liminal– agregación] resultan incomprensibles y llegan a ser invisibilizadas si sólo partimos de marcos explicativos centrados en las subdivisiones de grupos de edad de origen demográfico y normativo. Para efectos de la presente disertación, es necesario hacer las siguientes precisiones en cuanto a la edad de los entrevistados, por adultos jóvenes haremos referencia a aquellos hombres y mujeres que han rebasado la edad de 35 años, se consideran en un estado avanzado del período de reproducción biológica, estando o no

5 Término que implica la maternidad y la paternidad según sea el caso.

emancipados, han formado una familia, y/o tienen un trabajo estable; y llamaremos abuelos, a quienes rebasan los 50 años, tienen hijos y nietos.⁶

La información obtenida a través del quehacer etnográfico se recabó en las ciudades de Puebla y Monterrey ya que de acuerdo con el Censo de Población y Vivienda 2010, del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), las entidades federativas que presentan en la actualidad los mayores índices de población absoluta, con edades que oscilan entre los 35 y 46 años, son Nuevo León y Puebla. Para el análisis de las prácticas de los sujetos de estudio, las ciudades de Monterrey y Puebla constituyen el núcleo de estas dos regiones por presentar los mayores índices de población absoluta, en la edad que aquí consideramos adultos jóvenes.

Los entrevistados se ubican en los sectores socioeconómicos medios toda vez que se caracterizan por su trabajo en tareas no manuales, tienen un perfil predominantemente urbano y un alto nivel educativo (Loeza, 1988; Loeza y Stern, 1990).⁷ Los participantes en esta investigación fueron ubicados en las zonas aledañas al centro de la ciudad en ambos casos y las zonas comerciales y parques recreativos familiares más concurridos en las áreas identificadas como de sectores económicos medios y altos.⁸ En general, se identificó a mujeres y hombres capitali-

6 Nombrados aquí abuelos genéricamente aun cuando no implicamos que todos los adultos de 50 años o más sean abuelos o lo serán. Es únicamente un recurso facilitador para esta disertación, ya que los entrevistados se encontraban ejerciendo las prácticas de ser abuelas o abuelos.

7 Todas las entrevistas y recorridos de campo fueron realizados por Gabriela Flores Balbuena, con observaciones de Flor Urbina Barrera.

8 En Monterrey se visitó la zona Centro, Barrio Antiguo, Mitras y San Jerónimo. La zona Centro es el primer cuadro de la ciudad y en él se encuentra la Macro Plaza, oficinas corporativas, el museo y parque Fundidora y el Paseo Santa Lucía. Barrio Antiguo es una zona con calles empedradas, viejas casonas que fueron habilitadas como centros nocturnos en donde predominan bares y restaurantes. Mitras y San Jerónimo, por otra parte, son sectores cuyo uso de suelo es predominantemente habitacional y en donde se combinan la actividad comercial y de educación. En San Jerónimo se encuentra el primer centro comercial desarrollado en la ciudad, Galerías Monterrey, en contra esquina se ubica Plaza Real. En Mitras, además de albergar zonas residenciales, se encuentra del campus médico de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL). En Puebla, el Centro Histórico contiene más de 2000 edificios históricos. Estos edificios constituyen puntos de encuentro tanto para pobladores como para visitantes. En el Boulevard Héroes del 5 de mayo hasta llegar al Boulevard Atlixco, destacan los centros comerciales Plaza Dorada, Plaza Cristal y Plaza Loreto; sobre la Calzada Zavaleta se ubica el centro comercial Angelópolis; y por otro lado la Plaza San Pedro y Galerías Ser-

nos, con estudios universitarios, y con prácticas de consumo y un estilo de vida de clase media, con el objetivo de contribuir al conocimiento de sectores que son menos visibles, ya que puede considerarse que no muestran un carácter de problema social urgente o de población con mayor vulnerabilidad o en riesgo; como es el caso de los sectores populares, empobrecidos, o la población mayormente excluida, como la indígena y los habitantes de zonas rurales.

Transiciones a la adultez en voz de los adultos entrevistados

La información sobre las transiciones a la adultez fue generada a partir de los relatos biográficos extraídos de conversaciones sostenidas con 41 adultos en las localidades urbanas e industrializadas de Puebla y Monterrey. Cada informante accedió a conversar durante dos o tres sesiones sobre el intercambio de experiencias y aprendizajes, recuerdos y vivencias en torno a episodios significativos relacionados con el tránsito a la adultez de sí mismos, de sus hijos, de amigos y personas allegadas al grupo familiar. Además, a través de los relatos se reflexiona en torno a los imaginarios en el dejar de ser joven que nutren las prácticas que estos sujetos llevan a cabo, es decir, se identifican los patrones o repeticiones de los esquemas de interacción y las tensiones que marcan su tránsito a la adultez. Para estos adultos jóvenes de Puebla y de Monterrey, el ingreso al mercado de trabajo y en ocasiones la salida de la casa de los padres son los dos eventos que marcan la transición a la adultez. A este respecto, se muestra un conjunto de mujeres y varones entrevistados que se encuentran entre los 30 y 40 años de edad, cuyas prácticas en el distanciamiento de la juventud son diferenciadas por localidad y sexos. De acuerdo a la información obtenida a través de un cuestionario que fue respondido por los participantes en la investigación, las figuras 1, 2, 3 y 4 muestran los eventos de mujeres y hombres entrevistados en cada localidad.

dán se ubican sobre los Boulevard Norte y Hermanos Serdán, respectivamente. También hay zonas de recreación donde conviven familias y amigos como el Parque Lineal y la Estrella de Puebla ubicados cerca del Boulevard del Niño Poblano; el parque ecológico y el paseo del teleférico en la zona de Los Fuertes, al este del Boulevard Héroes del 5 de Mayo, y el Parque Bravo en el Centro Histórico.

Los adultos entrevistados afirmaron que las decisiones de unirse a una pareja o tener hijos “pueden dejarse para después, porque primero debo estudiar y trabajar” o bien, “tengo que estudiar y/o trabajar mientras llega el matrimonio y/o los hijos”. Estos indicadores de transición a la adultez aparecen mediados por los intercambios intergeneracionales familiares, específicamente en los vínculos filiales establecidos. Con la intención de distinguir los imaginarios de ambas localidades se muestran algunos datos obtenidos del ejercicio etnográfico en Puebla y Monterrey. Si bien es cierto, las evidencias muestran paralelismos, también lo es que cada localidad presenta singularidades en el dejar de ser joven.

Puebla: la voz de las mujeres adultas

Si en el pasado para las mujeres el matrimonio y la maternidad eran los elementos constitutivos de las transiciones a la adultez y las constantes en los esquemas femeninos construidos social y culturalmente en el dejar de ser joven, en la actualidad existe un desplazamiento cualitativo en las prácticas de género (Solís y Puga, 2009; Tinoco y Fères, 2012).

El matrimonio y la maternidad han sido elementos constitutivos de las transiciones a la adultez, así como una constante en los imaginarios sobre el dejar de ser joven para las mujeres; no obstante, estas mujeres de sectores medios urbanos muestran rasgos particulares respecto al cuidado y protección de los hijos, como una forma del ejercicio de la maternidad, hay una serie de prácticas e intercambios familiares relacionados con la opinión que externan las madres a las hijas en relación a los cambios en las tareas asignadas social y culturalmente. Con base en las experiencias personales de quienes ejercen la maternidad, las hijas reciben el consejo de sus madres en torno a la toma de decisiones antes de establecer de manera formal vínculos con la pareja, sin negar la posibilidad del matrimonio y la llegada de los hijos. Esto puede ser evidenciado a partir de los relatos de las mujeres adultas jóvenes de Puebla.

Le hice caso a mi mamá cuando empecé a salir con mi primer novio, tenía en aquel tiempo 19 años y andaba muy entusiasmada con él, yo estaba comenzando la carrera de administración... recuerdo que ella me decía: “hija, primero debes preocuparte por terminar la carrera y valerte

por ti misma antes de formalizar tu noviazgo y casarte...no te vaya a pasar lo que, a mí, que estoy amarrada a lo que dice tu papá...”. Y conseguí un trabajo en una tienda de ropa, ése fue mi primer empleo (Sandra, 46 años).

Tenía un novio en la universidad, anduvimos durante casi 3 años de novios y todos los días me acompañaba a la casa después de salir de la escuela, mi mamá me esperaba y siempre me repetía que no fuera yo a dejar la carrera antes de casarme, que necesitaba saber lo que era ganar mi propio dinero, antes de tener marido e hijos. [carrera que terminó antes de casarse] (Cecilia, 37 años).

Yo seguí el consejo de mi mamá y de mi tía. Ellas me decían: andas muy enamorada, Vero, necesitas terminar la carrera y empezar a trabajar, a ganar tu dinero, necesitas conocer otros lugares y a otros muchachos, no seas tonta... primero debes pensar en terminar la carrera y trabajar... y después todo lo demás. (Verónica, 45 años).

Asimismo, las madres con hijas adultas jóvenes expresaron: “antes las mujeres soñábamos con casarnos y tener hijos, no pensábamos en terminar una carrera y trabajar; ahora es distinto, como madres debemos decirles a nuestros hijos, sobre todo a nuestras hijas que no descuiden sus estudios, para que no dependan del marido, deben trabajar” (Pilar, 54 años), otra entrevistada externó: “yo siempre le dije a mi hija que estudiara y trabajara antes de casarse” (Hortensia, 68 años). Esto evidencia que los cambios en los consejos que las madres dan a las hijas no son modificaciones recientes.

Cuadro I
Eventos en las transiciones a la adultez-mujeres

Indicadores	Pilar 54 años 3 hijos	Hortensia 68 años 1 hija	Sandra 46 años 3 hijos	Cecilia 37 años 2 hijos	Verónica 45 años 2 hijos
Edad al ingreso al mercado laboral	13	17	19	23	24
Edad a la salida de la casa de los padres	29	19	25	27	23
Edad al inicio de la conyugalidad	29	19	25	27	23
Edad al inicio de la maternidad	31	19	26	30	30

Fuente: Elaboración propia.

Sandra estudió administración de empresas, y unos meses después de su egreso de la universidad llevó a cabo su unión civil y religiosa con un profesor de bachillerato cuatro años menor que ella. Obtuvo su primer trabajo como vendedora de ropa en Liverpool. Trabajó durante los primeros cuatro años de matrimonio en contra de los deseos de su padre, pero no de su madre ni de su cónyuge. Tuvo su primer hijo a los 26 años y se dedicó a las labores del hogar durante los siguientes cuatro años, hasta la llegada de su segundo hijo. Trabaja como docente en un Jardín de Niños desde hace 10 años y, mientras trabaja, su madre se hace cargo del cuidado y crianza del tercer hijo menor.

Cecilia es administradora de empresas y tiene un negocio propio que le permite al mismo tiempo dedicarse parcialmente al hogar y ser proveedora de sí misma y coproveedora de su grupo familiar. Permanece casada en unión civil y religiosa desde hace 10 años con un varón dos años mayor que ella. A los 30 años tuvo a su primer hijo, y seis años después, al segundo. Cuando atiende su negocio de calzado para dama, sus padres dan cuidado y crianza a su hijo de dos meses.

Verónica es dentista y tiene un consultorio propio. Inmediatamente después de egresar de la carrera universitaria, contrajo nupcias civiles y religiosas a los 23 años con un vendedor de automóviles, de 46 años. Alentada por su madre y por su esposo, no ha dejado de trabajar a pesar de la oposición de su padre. Tuvo a su primer hijo a los 30 años, y a los 35 el segundo. Recibe el apoyo de su madre para el cuidado y crianza de sus hijos.

El hablar con las entrevistadas permitió entrever la función simultánea que realizan de proveedoras o co-proveedoras, esposas y madres. Ellas afirman que, “no es necesario renunciar a ninguno de estos roles”, “sólo es cuestión de saber cuándo casarse y cuándo tener hijos”. Los testimonios de Verónica, Cecilia y Sandra expresan la valoración por las enseñanzas al afirmar que, gracias a los consejos sabios de sus madres, ahora ellas son independientes, esposas y madres.

La voz de los varones poblanos adultos

Las experiencias personales de quienes ejercen la proveeduría contienen elementos que permiten entrever los consejos de los padres hacia sus hijos en torno a la toma de decisiones antes de establecerse de manera formal con la pareja, sin negar, como en el caso de las mujeres poblanas, la posibilidad del matrimonio y la llegada de los hijos. Los varones adultos jóvenes reconocen la importancia del consejo del padre en torno a las prioridades masculinas en el tránsito a la adultez; en donde la función tradicional de ser proveedor es una constante del imaginario masculino; los relatos de los adultos poblanos son elocuentes:

Cuando tenía 24 años y estaba a punto de terminar la carrera de abogado, mi padre me regaló unos preservativos y me dijo: “toma, úsalos en caso de que los necesites, no vayas a embarazarse a tu novia, embarazala después de que termines la carrera, te puedas valer por ti mismo y nunca antes de haberte casado” y así lo hice... la embaracé cuando ya estábamos casados, y yo ya trabajaba en un despacho de abogados (Pedro, 36 años).

Yo no le hice caso a mi papá, él me regañaba porque yo era muy mujeriego, me decía que lo primero era terminar la carrera y trabajar... tuve que casarme, ponerme a trabajar y no terminé la carrera (José, 48 años).

Siempre les digo a mis hijos que, antes que nada, un hombre tiene que tener una carrera terminada y conseguirse un buen trabajo antes de andar pensando en casarse (Javier, 50 años).

Pedro contrajo nupcias civiles y religiosas a los 26 años con una mujer de 23. Tuvo a su primera hija a los 30 años, y a los 32, la segunda. No terminó la carrera de derecho, además del litigio, trabaja como taxista durante las tardes. Su esposa trabaja como secretaria en una oficina gubernamental y sus dos hijas reciben el cuidado y crianza de los abuelos paternos.

Cuadro II
Eventos en las transiciones a la adultez-varones

Indicadores	José 48 años 2 hijos	Pedro 36 años 2 hijas	Javier 50 años 1 hija, 2 hijos
Edad al ingreso al mercado laboral	16	23	24
Edad a la salida de la casa de los padres	16	24	18
Edad al inicio de la conyugalidad	19	26	28
Edad al inicio de la paternidad	21	30	29

Fuente: Elaboración propia.

José estudió hasta el segundo semestre de administración hotelera, carrera que interrumpió por la llegada de su primer hijo. Se casó a los 19 años con una mujer de 16 que se dedica al hogar. Es propietario de un automóvil, que le permite desempeñarse como taxista. Sus dos hijos varones, de 27 y 26 años, son profesionistas que trabajan y viven en la casa de los padres.

Mientras que Pedro enfatiza que tomó en cuenta el consejo de su padre sobre terminar la carrera para ser proveedor de sí mismo, y después casarse y tener hijos; José expone que, al no seguir el consejo paterno, tuvo que interrumpir la carrera para ponerse a trabajar. Estas expresiones muestran un imaginario hegemónico de proveeduría masculina en el dejar de ser joven, transmitida por quienes ejercen la paternidad; paradójicamente, los entrevistados no hicieron referencia a la contribución de las mujeres como proveedoras de su grupo familiar. Retomando la paradoja señalada con anterioridad, al preguntarles específicamente sobre su aceptación de que las mujeres trabajen y simultáneamente sean amas de casa y madres, ellos contestaron con una variedad de disposiciones, “no se puede de otra forma, si queremos vivir holgadamente, sin limitaciones, pues mi esposa tiene que trabajar”, “yo prefiero que mi mujer esté al pendiente del cuidado de mí y de mis hijos, hasta que se casen”. Expresiones como “mi esposa tiene que trabajar, prefiero que mi mujer cuide de mí y de mis hijos” dejan clara la condición que hacen de las mujeres poblanas en el imaginario de mujer esposa, madre y cuidadora del grupo familiar.

Monterrey

Las interacciones sociales que llevan a cabo los grupos familiares en un contexto específico mantienen un sello particular que los distingue de otros espacios socioculturales y de otras localidades. En Monterrey, al igual que en Puebla, existen diálogos entre las generaciones de quienes ejercen las parentalidades y sus hijos. Sin embargo, los imaginarios sobre el dejar de ser joven adquieren matices singulares y distintos a los construidos por los adultos jóvenes poblanos. Los imaginarios regiomontanos en el dejar de ser joven son también diferenciados en relación al género.

La voz de las mujeres adultas

Entre las mujeres adultas jóvenes regiomontanas es recurrente la percepción de la importancia de prepararse para ejercer una profesión con el objetivo de llegar a ser proveedoras de sí mismas y después ser esposas y madres. Estos imaginarios femeninos son frecuentes en las conversaciones llevadas a cabo con las entrevistadas. Los relatos sobre los eventos de salida de la escuela e ingreso al campo laboral permiten entrever una especie de compás de espera para el cumplimiento de la conyugalidad y la maternidad. Éstos son sus relatos:

Empecé a trabajar a los 18 años, era un trabajo de medio tiempo porque también estudiaba la preparatoria. Mi papá me decía en aquel entonces que “estaba bien mientras me casaba, que al momento de casarme tendría otras obligaciones más importantes, como el atender a mi marido y a mis hijos” (Florencia, 45 años).

Yo soñaba con casarme y tener hijos, estudié una carrera universitaria y trabajé en plazas comerciales administrando locales y diseñando anuncios de publicidad, pero en cuanto me casé, dejé de trabajar. Mi mamá siempre quiso que yo me dedicara mejor al hogar, decía que ‘el lugar de una mujer estaba en la casa, con los hijos’ (Alejandra, 38 años).

A los 17 años ya trabajaba, y como no tenía novio ni pretendientes empecé a estudiar...en la universidad. Mi mamá me decía: ‘como no veo que te vayas a casar, aunque sea ten un hijo’. Cuando cumplí 26 años quedé embarazada... y antes de tener al niño me casé con el padre de mi hijo (Ximena, 41 años).

Florencia, estudió la carrera de contaduría pública. Empezó a trabajar a los 18 años cuidando a adultos mayores en un asilo; egresó de la carrera a los 23 años y empezó a llevar la contabilidad de varios negocios en una empresa privada. En este trabajo laboró 10 años hasta que contrajo nupcias civiles y religiosas con un contador de su misma edad y, desde entonces, se dedicó al hogar. A los 36 años tuvo a su primer hijo y al año siguiente, tuvo el segundo.

Alejandra obtuvo su primer trabajo en un despacho de abogados a los 20 años y trabajó en ese lugar durante dos años. Egresó de mercadotecnia a los 22 años. Trabajó durante nueve años administrando centros comerciales y diseñando estrategias de consumo para estos espacios. Se casó a los 32 años con un administrador de su misma edad, y desde entonces se dedica al hogar. Tuvo a su única hija a los 35 años. Vive, junto con su esposo e hija, en la casa de sus suegros.

Ximena, de 41 años, empezó a trabajar como cajera en un banco mientras estudiaba el bachillerato. Sin dejar de trabajar, egresó a los 21 años de administración de empresas. Durante los siguientes cinco años, siendo ya profesionista recibió dos ascensos en el banco. Se casó a los 25 años con un ingeniero siderúrgico 12 años mayor que ella. Desde entonces se dedica al hogar. Tuvo su primer hijo a los 27 años, y el segundo, a los 33 años.

Cuadro III
Transiciones a la adultez- mujeres

Indicadores	Ximena 41 años 2 hijos	Lulú 67 años 1 hija 1 hijo	Florencia 45 años 2 hijos	Alejandra 38 años 1 hijo	Nohemí 38 años 1 hijo	Mercedes 44 años 1 hijo	Rosy 47 años 1 hija
Edad al ingreso al mercado laboral	17	18	18	20	21	23	24
Edad a la salida de la casa de los padres	26	20	23	28	32	-	27

Edad al inicio de la conyugalidad	26	20	33	32	32	25	27
Edad al inicio de la maternidad	27	20	36	35	32	25	29

Fuente: Elaboración propia.

Como puede apreciarse, Florencia, Alejandra y Ximena ingresaron al mercado laboral antes de los 21 años, al terminar la carrera continuaron trabajando ya como profesionistas, fueron proveedoras de sí mismas por un lapso mayor a los cinco años hasta el inicio de la conyugalidad. Al preguntarles sobre el porqué dejaron el empleo las mujeres se expresaron en el siguiente sentido “aquí en Monterrey es más importante ser esposa y madre antes que profesionista”, “mi prioridad es tener mi esposo y mi hija, una mujer debe dedicarse por entero al cuidado de su esposo y de sus hijos”. Estos rasgos muestran a las mujeres adultas jóvenes en la búsqueda de un posicionamiento en las dinámicas sociales y familiares propias de la localidad.

La voz de los varones adultos

Los adultos jóvenes entrevistados también reconocieron el valor de la instrucción y consejo recibidos por los padres, así como la permanencia del imaginario masculino de proveedor en la jerarquización de las funciones que llevan a cabo. Los siguientes relatos de varones adultos jóvenes y el de uno de los abuelos entrevistados, lo corroboran:

‘Si quieres formar una familia, necesitas terminar una carrera y tener un empleo que te permita sostener a tu mujer y a tus hijos’, eso me decía mi papá. Yo no me titulé y tengo problemas para conseguir un buen trabajo. Ahora que tengo familia a veces no me alcanza el dinero para tener lo que necesitamos, el nivel de estrés es muy alto, es muy cansado física y mentalmente. Acudo con mi mamá o mi papá para pedirles que me ayuden, y ella [la madre] es la que me ayuda (Iker, 38 años).

Yo crecí siguiendo los consejos de mi padre. Lo principal que aprendí de él fue que un hombre debe saber mantener a la esposa y a los hijos, por eso se debe terminar una carrera y tener un trabajo

estable. Esa es la función de los hombres. Por eso lo más importante para mí, antes que tener hijos, es tener una esposa y saber mantenerla (Fernando, 38 años).

Uno como padre les dice, desde que están en la adolescencia, que deben de esperar a terminar la carrera y a tener un trabajo bien remunerado para casarse (Juan Luis, 57 años).

En este sentido, los entrevistados reconocen la valía del consejo de los padres, aunque paradójicamente, al ejercer la conyugalidad y la parentalidad han establecido acuerdos divergentes al modelo instruido por los padres en cuanto a la proveeduría y sostenimiento de sus esposas e hijos. A este respecto los entrevistados comparten sus experiencias al afirmar que:

cuando estás soltero y vives con tus papás, le haces caso al *jefe*,⁹ estudias y empiezas a trabajar, pero yo no me di cuenta de la responsabilidad de mantener a una familia hasta que empecé a pagar los recibos de los servicios, la hipoteca de la casa, la comida, la ropa, y todo lo demás... es cuando realmente me di cuenta de los compromisos que había adquirido (Iker, 38 años).

no es lo mismo que trabajes para pagar tus cosas que cuando trabajas para pagar lo que necesitas tú, tu esposa y tu hijo; mi papá me lo decía (Fernando, 38 años).

Iker, empezó a trabajar a los 18 años en la venta de comida rápida. A los 22 años abandonó la carrera de administración de empresas. Contrajo nupcias civiles y religiosas a los 32 años con una mujer profesionalista de su misma edad. A los 36 años egresó de la carrera de relaciones internacionales. Tuvo a su única hija a los 36 años. Ha estado cuatro veces sin empleo por períodos de hasta 8 meses. Como consecuencia del último período, perdió su casa. Actualmente trabaja en la venta de tornillos; él, junto con su familia, vive en la casa de sus padres.

Fernando egresó de Ingeniería en Sistemas a los 23 años. Empezó a trabajar a los 24 años como ingeniero en el sector privado. Contrajo nupcias civiles y religiosas a los 32 años con una educadora de su misma edad. Fernando no tiene hijos, y junto con su esposa, vive en la casa de sus suegros.

9 *Jefe* es una expresión utilizada para referirse al padre.

Juan Luis es padre de dos hijos varones adultos jóvenes que terminaron la carrera, trabajan y permanecen solteros, y de dos hijas adultas jóvenes, casadas, con hijos, que se dedican al hogar. Sus hijos varones no han concluido su estancia en la casa de los padres.

Cuadro IV
Transiciones a la adultez-varones

Indicadores	Iker 38 años 1 hija	Checo 59 años 1 hija 1 hijo	Carlos 70 años 1 hijo	Fernando 38 años Sin hijos	Juan Luis 57 años 2 hijos 2 hijas
Edad al ingreso al mercado laboral	18	20	21	24	25
Edad a la salida de la casa de los padres	20	22	21	24	24
Edad al inicio de la conyugalidad	32	23	23	32	25
Edad al inicio de la paternidad	36	29	35	-	27

Fuente: Elaboración propia.

Como puede apreciarse, tanto Iker como Fernando pospusieron la unión o conyugalidad hasta los 32 años, y mantienen su domicilio en la casa paterna. Los entrevistados se asumen como proveedores principales en sus grupos familiares. Paradójicamente, los entrevistados muestran un patrón cultural de permanencia o retorno a la casa de los padres, que ocurre después de egresar de la carrera, ingresar al mercado laboral o ejercer la conyugalidad. En los relatos mostrados con anterioridad sobresale la narrativa de una masculinidad tradicional y dominante en función del hombre proveedor y reproductor. Se visibiliza también una ralentización del ser adultos y del dejar de ser jóvenes. En este sentido se explorará en las siguientes líneas el ensamblaje entre postergaciones de la adultez y continuidades de la parentalidad de los abuelos.

La obligación parental continuada

Las contribuciones al estudio de las condiciones de vulnerabilidad de los adultos mayores son numerosas, se ofrecen explicaciones sobre el envejecimiento y la falta de ingresos o de certezas de pensión y garantías para el retiro (Montes, 2004; Garay y Mancinas, 2010; Garay y Montes de Oca, 2011). No obstante, en estas líneas, se visibiliza la condición de adultos mayores que con circunstancias económicas más favorables ejercen como proveedores para los hijos adultos. Asimismo, se cuenta con resultados de investigaciones que implican el cuidado de los adultos mayores, específicamente en cuanto a las obligaciones filiales, enfatizando los cuidados que los hijos y nietos brindan a los abuelos (Álvarez, 2013; Arroyo y Ribeiro, 2011; Robles y Rosas, 2014). También son notorias las aportaciones en la línea de estudios de la abuelidad, mostrando las relaciones que se establecen entre abuelos y nietos; particularmente el involucramiento de los mayores del grupo familiar en la crianza, cuidado y educación de los niños (García *et al.*, 2014; Maldonado, 2015). Específicamente, este artículo no busca explorar sobre el ejercicio y las prácticas de la abuelidad, esto debido a que los hallazgos del trabajo de campo nos permiten explorar las interacciones no sólo entre abuelos y nietos, sino entre los abuelos, los hijos y los nietos.

En Puebla y Monterrey otro de los imaginarios locales del dejar de ser joven y las prácticas que se llevan a cabo en tal sentido, corresponde a las interacciones entre los adultos jóvenes y sus padres. Estos imaginarios tienen relación con la manutención y protección; es decir, la proveeduría extendida de los abuelos hacia los hijos adultos jóvenes y sus nietos. Además de las prácticas continuadas de cuidado y crianza que los abuelos otorgan a los hijos adultos jóvenes y nietos.

La voz de mujeres y varones poblanos adultos

En Puebla, las entrevistadas expresaron que como hijas a veces necesitaron, o aún necesitan, del apoyo de los padres para poder seguir trabajando. Este apoyo es importante sobre todo en aquellos casos en los que hay nietos pequeños, menores de cinco años, que requieren del cuidado y

crianza de adultos. A este respecto, las mujeres y los varones entrevistados comentaron:

Adrián y yo necesitamos trabajar para tener lo indispensable, por eso le dije a mi mamá “mamá, soy tu hija, ayúdame” y así como cuidó al más grande, ahora cuida del más pequeño. Mi papá los lleva a la escuela, ellos comen en la casa de mi mamá y yo paso en la tarde por ellos (Verónica, 45 años).

Tengo dos hijos, una niña de siete años que ya va a la escuela, y el niño que tiene 2 meses de nacido y gracias a Dios tengo todavía a mi madre, ella me lo cuida cuando atiendo mi negocio de calzado (Cecilia, 37 años).

Mi esposa y yo trabajamos, y mis padres cuidan de nuestras dos niñas, las llevan a la escuela, están al pendiente de las comidas y de las tareas escolares mientras que mi mujer y yo llegamos del trabajo (Pedro, 36 años).

Al preguntarles sobre la ayuda que reciben de los padres, los entrevistados se expresaron en el siguiente sentido: “mis papás no hacen nada, por eso se ofrecieron a cuidar de mis hijos”; “no hubo cupo en la guardería, había una lista de espera y yo necesitaba que mis suegros se hicieran cargo de mis hijos mientras estamos en el trabajo”.

Por su parte, las abuelas entrevistadas comentaron: “Cuando los hijos trabajan, hay que apoyarlos, si no después el problema es peor, por eso cuidamos de nuestros nietos”, (Hortensia, 68 años). “Es preferible cuidar a los nietos a tener que seguir manteniendo a los hijos” (Pilar, 54 años).

De acuerdo a la Encuesta Nacional de Empleo y Seguridad Social (ENESS, 2017) de un total de 3.5 millones de niñas y niños que tienen entre 0 y 6 años de edad cuyas madres trabajan fuera del hogar, 54.8% de esta población recibe el cuidado de las abuelas; y un 28.8% de niños y niñas son cuidados por el padre, un familiar u otra persona que no pertenece al grupo familiar. A este respecto, la encuesta no señala explícitamente la proporción en el cuidado de los nietos, ni la dedicación en tiempo por parte de las abuelas y abuelos. Mientras que el 12.3 de los niños y niñas cuyas madres trabajan fuera del hogar son cuidados en guarderías públicas y sólo un 3.9 son atendidos en guarderías privadas.

En Puebla de Zaragoza, la actuación de los abuelos varones en las transiciones a la adultez y el dejar de ser joven de los hijos adultos

jóvenes es resignificada. La responsabilidad en el cuidado de los nietos es compartida. Los abuelos varones cuidan de sus nietos mientras los hijos trabajan. Esta práctica es reconocida por el grupo familiar. Las entrevistadas señalaron:

Cuando mi hermana y mi cuñado tienen que salir a trabajar y no tienen quien se la cuide, mi papá y mi mamá se hacen cargo de la niña. He visto cómo, mientras mi mamá prepara la comida, mi papá está al pendiente de la niña, la entretiene y juega con ella (Sandra, 46 años).

Ahora los abuelos, también cuidan de los nietos. El abuelo de mi hijo lo cuidó durante meses cuando estuve hospitalizada, es un abuelo amoroso, preparaba los biberones, le cambiaba los pañales a mi hijo (Josefina, 28 años).

Aquí, el imaginario hegemónico de masculinidad señalado por Urbina (2016:124) expresado en el esquema *trabajador-proveedor-padre*, es reforzado. Respecto a las paternidades y el cuidado infantil los abuelos, quienes han dejado atrás las fases de padre, esposo y hombre joven reproductor, participan ahora con un mayor involucramiento en las prácticas de cuidado, acompañamiento e incluso lúdicas con los hijos de sus hijos (véase Urbina 2016: 132). Cuando los abuelos *se hacen cargo o cuidan* de los nietos, de acuerdo con las fases -preocuparse, encargarse, dar cuidado y recibir el cuidado) en las que es subdividido el cuidado por Figueroa y Flores (2012: 18), los abuelos realizan actividades de contacto físico y directo con quien recibe el cuidado. Así mismo los varones entrevistados señalan que cuando es necesario trabajar para mantener a sus familias, ellos buscan la ayuda de sus padres para que éstos *cuiden* a sus nietos. Los entrevistados señalaron:

Hace dos años tuve que pedirles a mis padres el apoyo para que cuidaran de mis hijas pequeñas, mi papá no quería al principio, pero le dije “oye papá, soy tu hijo y necesito que me ayudes” y accedió a cuidarlos (Pedro, 36 años).

Mis hermanas traen a sus hijos para que mi mamá y mi papá los cuiden mientras que ellas trabajan (Manuel, 40 años).

Estas prácticas permiten desvelar que el imaginario de vulnerabilidad juvenil permanece incrustado en los esquemas de los adultos jóvenes que, siendo padres o madres de familia, argumentan que también son hijos y *deben* recibir de manera continuada la protección y el cuidado

de los padres. Al preguntarles a los entrevistados sobre la exigencia del deber de los abuelos con respecto a la crianza y cuidado de los nietos, Pedro argumentó en el siguiente sentido, “aunque me haya casado, sigo siendo su hijo y si necesito ayuda, pues ahí están mis papás y también mis suegros”, “si un hijo necesita del apoyo de los padres, éstos deben proporcionarlo”.

La proveeduría extendida de los abuelos hacia los hijos adultos jóvenes y los nietos forma parte de las prácticas concretas en el dejar de ser joven; además, los imaginarios tienen correlación con el estatus civil femenino y con la ausencia de algún varón adulto proveedor. A este respecto, las mujeres y hombres casados con hijos, en donde el principal proveedor es el hombre, declaran que no reciben ayuda o apoyo por parte de los abuelos de sus hijos para su subsistencia; para ellos es inadmisibles recibir ayuda de los abuelos. Algunas de las mujeres separadas¹⁰ o divorciadas con hijos, señalan la práctica de proveeduría extendida de los abuelos hacia sus nietos, al reconocer que reciben el apoyo porque dependen económicamente de ellos cuando expresaron:

Después de que me divorcié, mi mamá se ha hecho cargo de mis gastos y de los de mis hijos. Vivimos con ella, mi mamá paga las colegiaturas de mis hijos [jóvenes universitarios], su ropa, todo lo que necesitamos. Yo me dedico al hogar (Maricarmen, 50 años).

Me separé de mi marido y aunque recibo la pensión alimenticia para uno de mis hijos que todavía estudia, también recibí durante muchos años el apoyo económico de mis papás porque la pensión para mis hijos no alcanzaba para cubrir todos sus gastos. Ahora que tengo un negocio propio, mantengo a mis hijos a pesar de que dos de ellos ya terminaron sus carreras (Elvira, 40 años).

Ellas ahora profundizan la prolongación del cuidado y la proveeduría extendida, llevan estas prácticas en escala hacia un nuevo nivel, abuelos proveedores de hijos, de nietos pequeños, y ahora de nietos jóvenes adultos. La dependencia en la subsistencia y protección de estas mujeres coincide con la mayoría de las entrevistadas al indicar que en

10 Con la expresión *separado(a)* se auto identifican los hombres y mujeres que contrajeron nupcias religiosas (indisolubles por la norma católica), pero que dieron fin al vínculo civil contraído con el cónyuge.

Puebla “algunas mujeres que se quedan en la ciudad después de quedar divorciadas, reciben el apoyo de sus padres, y las mujeres solteras, casi siempre están bajo el cuidado y manutención de sus padres porque son consideradas hijas de familia”.

La voz de mujeres y varones regiomontanos adultos

Al respecto de los imaginarios y las prácticas de dependencia para la manutención y el cuidado y protección de los nietos llevadas a cabo por los abuelos, se aprecian algunos paralelismos con la localidad de Puebla. Sin embargo, en Monterrey hay variaciones en los imaginarios. En relación al género y a las prácticas de consumo, los adultos jóvenes construyen códigos de distinción y elaboran estrategias para satisfacer las necesidades de los integrantes que conforman el grupo familiar. Los códigos locales de distinción les permiten identificarse y situarse como parte de un grupo socialmente diferenciado y reconocido. Una forma de lograr esta distinción es mostrar un estilo de vida suntuoso y específicos hábitos de consumo. Varios autores sostienen que las clases medias están en constante reconstrucción fundamentalmente a través del consumo (Urbina, 2011b), que tienden a vivir por encima de sus posibilidades (Loeza, 1988) y que es necesario que los otros reconozcan esa condición social (Giménez, 2000). A este respecto las clases medias suponen una forma de presentarse públicamente, de ser vistos, de actuar y relacionarse. Prácticas socialmente instituidas y sancionadas. En este sentido, los entrevistados comentaron:

Aquí en Monterrey somos muy fijados, siempre queremos traer la mejor bolsa, el mejor carro, tener la mejor casa y hasta el mejor anillo de bodas. Siempre estamos compitiendo en el grupo de las amigas, que si quien trae la mejor marca de lo que sea, el último iPhone, si sale una nueva versión todas la queremos tener... así somos (Nohemí, 38 años).

Desafortunadamente aquí como te ven, te tratan. Lo veo con mis amigas, lo primero que le preguntan a una persona cuando apenas la conocen es dónde vive, si trae carro del año, y se fijan en si viste con ropa de marca. Yo evito inculcarle a mi hija de 18 años esta costumbre regiomontana (Rosy, 47 años).

En Monterrey siempre estás viendo el jardín de enfrente, mi esposa me dice: “a aquella le compraron una camioneta del año, a mí me tienes que comprar una mejor”. Y compramos la camioneta para vernos bien con los amigos y en sociedad (Iker, 38 años).

Al preguntarles sobre la forma en que distribuyen sus ingresos para estar en posibilidades de sufragar los gastos que implican cumplir con estas prácticas de consumo, los participantes respondieron que en ocasiones han tenido que recurrir al apoyo de los padres: “cuando no tengo dinero y necesito comprarme lo que quiero, una bolsa o unos zapatos, acudo con mi papá y le pido dinero prestado”, y comentan: “pues debo todo, pero le pido a mi mamá y ella lo consigue con mi papá”. En este sentido, la familia se reelabora como un ámbito que admite la creación de nuevas maniobras, negociaciones y estrategias entre los hijos y los jefes de familia en relación a transferencias de responsabilidad que se llevan a cabo más allá de la manutención, proveeduría y el cuidado o crianza de los nietos. El hijo adulto joven que pide o exige de sus padres el *apoyo* para *cumplir* con sus responsabilidades hacia la esposa o sus respectivos hijos. El padre/madre del adulto joven que *acepta* darle el *apoyo*. Aquí se articulan la postergación de la adultez de los hijos y la continuidad del cuidado y proveeduría por parte de los padres, ahora abuelos. Prácticas a las que llamaremos proponiendo la noción de obligación parental continuada.

A este respecto debe entenderse por obligación parental continuada a las trasferencias en las responsabilidades adultas implicando: 1) las series de requerimientos para la subsistencia y protección que los adultos jóvenes exigen a sus respectivos padres –en el caso de los solteros-, o a los abuelos de sus hijos –en el caso de los adultos jóvenes unidos y con hijos–; 2) la aceptación de los abuelos para extender la proveeduría y/o prolongar el cuidado o crianza hacia los nietos. La noción de obligación parental continuada permite además ir enlazando los esquemas o patrones de interacción que conforman el tránsito hacia la adultez y el dejar de ser joven asociados a los imaginarios de parentalidad construidos localmente. Los siguientes fragmentos de las entrevistas ilustran estos patrones de interacción:

Mi marido y yo tenemos problemas financieros. Debemos todavía la boda, viene en camino nuestro hijo y eso implica muchos

gastos porque quiero ser atendida en el centro médico Zambrano Hellion, uno de los más prestigiados hospitales de Monterrey. Como mi marido está pagando lo de la boda, yo le dije a mi papá “no sé cómo le vas a hacer, pero tú vas a pagar el hospital donde van a atender a tu hija y a tu nieto, acuérdate de que yo soy tu hija” (Nohemí, 38 años).

Tenemos muchos compromisos y el dinero no alcanza, por eso yo le dije una vez a mi marido “pídele dinero a tu papá para pagar la hipoteca de la casa, y con lo que te van a pagar este fin de semana podemos irnos de vacaciones... es tu papá y no puede negarse”. (Alejandra, 38 años)

En el trabajo pagan poco y nuestras necesidades son muchas. Le digo a mi papá “tú ya no necesitas comprarte nada, y tu nieta ya debe ir al jardín de niños en agosto, págale el colegio particular para que no tenga que ir a una escuela pública, tú tienes el dinero de la pensión y ya no lo necesitas. (Iker, 38 años)

Mi hermano y su cuñada querían tener una casa más grande, convencieron a mi mamá, y ahora ella les ayuda a pagarla (Rosy, 47 años).

Aquí, los requerimientos hacia los abuelos planteados en términos de “soy tu hija”, “es tu nieta”, “es tu papá” aluden a vínculos filiales que cimientan la obligación continuada en cuanto a la proveeduría y el brindar cuidados al interior del grupo familiar.

El dejar de ser joven desde la percepción de los abuelos: los ensamblajes en la obligación parental continuada

La prolongación del cuidado o crianza y la extensión de la proveeduría que despliegan los padres de adultos jóvenes son evidenciadas en las prácticas que llevan a cabo en los espacios público y privado. En los lugares públicos, es común observar por las mañanas y al medio día, la presencia de los abuelos o abuelas cuidando a sus nietos. En los horarios de entrada y salida de las escuelas, acuden a solicitud de los maestros, reciben instrucciones, quejas y felicitaciones marcadas por la autoridad escolar quien, ante la ausencia de los padres de familia, optan por llamar a los abuelos¹¹; durante el transcurso de la tarde se les ve también cuidando

11 Esto fue ratificado por un director de escuela primaria al señalar que el apoyo de las abuelas y abuelos, principalmente en edades tempranas de los nietos, es fundamental porque los

de los nietos en los pasillos de los centros comerciales y en los parques. Además, en los entornos privados, se les ha transferido la responsabilidad del cuidado de sus nietos, según expresaron los abuelos contactados.

Al platicar con los abuelos entrevistados acerca del cuidado que otorgan a sus nietos, algunos de ellos se expresaron en el sentido, que sus hijos son muy jóvenes y no saben la importancia que tiene el estar al pendiente de sus hijos, por lo tanto, necesitan de su apoyo. Aquí, se hace patente una minusvalía o devaluación de la capacidad del ejercicio de la parentalidad de los hijos. Así mismo los abuelos entrevistados otorgan un valor alto a las actividades que desempeñan como cuidadores y proveedores; además, recapitalizan sus saberes y experiencias; finalmente, estas prácticas no son percibidas como una imposición sobre los hijos y nietos, tampoco como una sobrecarga o abuso de los descendientes hacia los más viejos, estas prácticas se llevan a cabo como resultado de una negociación al interior de los grupos familiares. Los abuelos comentaron:

Le dije a Luis Carlos, mi hijo, “te cuido al niño siempre y cuando tú, o tu esposa, sigan trabajando” (Carlos, 70 años).

Yo no veo que, ni a mi nuera, ni a mi hijo, les importe estar al pendiente de mi nieto. Siempre está enfermo, por eso me hice cargo de él. Lo llevo al médico, le compro lo que necesita, voy a las juntas de la escuela, todo eso. Mi nuera se molestó y llegamos al acuerdo de que ella atiende las labores de la casa y yo cuido al niño (Lulú, 67 años).

A este respecto, Maldonado (2015: 278) refiere que tradicionalmente las cuidadoras principales de los nietos más pequeños son las abuelas maternas; por su parte Osuna (2006) sostiene que las responsabilidades que con mayor frecuencia tienen los abuelos consisten en cuidar a los nietos después de la escuela, llevarlos o recogerlos de la escuela, cuidarlos de vez en cuando el fin de semana y llevarlos a actividades extraescolares. Estas negociaciones también se visibilizan en la extensión de la proveeduría y manutención al constatar con los entrevistados cómo es que entre los abuelos y los hijos adultos jóvenes llevan a cabo prácticas que señalan articulaciones que tienen relación con el reconocimiento

abuelos realizan varias actividades, asignadas tradicionalmente a los padres de familia, ya sea desde llevarlos a la escuela, prepararles su lonche, estar al pendiente de las tareas, dar seguimiento a su desempeño y en algunos casos hasta les ayudan a aprender a leer y escribir.

social de ser excelentes padres y abuelos al interior del grupo familiar, y vivir bien en los espacios público y privado.

Me siento muy orgullosa de mi “viejo”¹² porque ayuda a nuestro hijo cuando le falta dinero, es un buen padre. Mis amigas me dicen “tu marido es muy buen padre porque le ayuda a su hijo, les compra a él y a su familia lo que necesitan, sobre todo ahora que se quedó sin empleo [el hijo], [el abuelo] les ayuda a vivir bien” (Lulú, 67 años).

Pienso que mi deber como buen padre y abuelo es apoyar a mi hijo para que lleve una vida holgada y no batalle, por eso le digo “trabajé mucho, y lo que tengo es tuyo, nomás no descuides a la familia, yo te apoyo pagando los gastos de la casa, pero tú no dejes de trabajar para que puedas llevar a tu familia a buenos restaurantes y de paseo” (Carlos, 70 años).

A mí me gusta que vean a mis hijos en buenos lugares, que vean que les va bien. Por eso les pago las vacaciones a mis nietos y les pago lo que necesiten (Checo, 59 años).

Carlos tiene una pensión como empleado de gobierno que le permite atender los requerimientos y necesidades de Pablo, su único hijo de 35 años de edad, casado y padre de un niño de 7 años. Carlos lleva 10 años haciéndose cargo de la manutención y cuidado de la familia de su hijo, sobre todo cuando su hijo permanece desempleado por períodos mayores de 8 meses.

Lulú lleva cinco años cuidando de su nieto y más de 40 años dedicada al cuidado de su familia. Se desempeñó como secretaria bilingüe en el sector público hasta que se jubiló a la edad de 65 años. Conjuntamente con la maternidad, llevó a cabo el trabajo asalariado y las labores domésticas. Uno de sus hijos retornó junto con su familia a la casa de los padres. Desde entonces, ella y su esposo se hacen cargo de la proveeduría y cuidan de su hijo Alfonso y la familia de éste.

Checo está jubilado, trabajó como ingeniero en obras públicas del municipio. Hace dos años el hijo retornó a la casa y trajo consigo a la esposa y el nieto. Desde entonces Checo y su esposa se hacen cargo de la manutención y cuidado de toda la familia.

Como puede apreciarse, Carlos, Lulú y Checo, poseen recursos económicos –pensiones por jubilación– que les permiten extender la pro-

12 Expresión utilizada para referirse a su marido.

veeduría y prolongar el cuidado hacia sus hijos. Cuando se les preguntó sobre la posibilidad de que dejaran de realizar las funciones de proveeduría extendida y la prolongación del cuidado, Lulú y Checo se expresaron en el siguiente sentido: los hijos son para siempre, hay que ayudarlos; para eso estamos, para apoyarlos y que lleven una buena vida.

Conclusiones

La articulación entre los eventos instituidos e institucionalizados que marcan las transiciones a la adultez, a la par de los imaginarios del dejar de ser joven permite identificar matices, ampliaciones y ambigüedades en el ejercicio de la parentalidad tanto de los adultos jóvenes como de los adultos mayores. En la construcción de estas relaciones surgen tensiones entre el ajuste a ciertas estructuras sociales y las prácticas cotidianas, lo que resulta en desvanecimientos de los límites que acotan a los grupos de edad, por lo que la construcción simbólica del dejar de ser joven se torna cambiante y desigual, con criterios específicos según la diversidad de contextos de los conjuntos sociales.

Entre estos conjuntos sociales urbanos, de sectores económicos medios en Puebla y Monterrey, es visible que, mientras que para las mujeres el imaginario de feminidad bajo esquemas de esposa y madre se mantienen, éstos se posponen hasta en tanto las mujeres egresan de la universidad e inician una trayectoria laboral profesional que les permita ser independientes, ser proveedoras de sí mismas o de otros, o también coproveedoras de la futura unión o matrimonio. En los hombres poblanos, el imaginario masculino de proveedor continúa sin registrar cambios significativos.

En Monterrey, los relatos obtenidos permiten deducir que los varones presentan, en su mayoría, el esquema de masculinidad hegemónica expresado por la serie trabajador → proveedor → esposo → padre. Por su parte, las mujeres muestran resignificaciones que se hacen patentes en esquemas de feminidad diferenciados: por una parte, madres-esposas, coproveedoras o proveedoras; por la otra, aquéllas que permanecen solteras o que están divorciadas continúan como *hijas de familia* y presentan dependencia en la subsistencia, protección y permanencia en la casa de los padres.

Los hallazgos obtenidos a partir de las correlaciones entre género, estado civil, proveeduría y edades de hijos, muestran que la prolongación del cuidado y crianza que los abuelos llevan a cabo se presenta en aquellos casos que implican cierta vulnerabilidad, por ejemplo, cuando los varones adultos jóvenes tienen hijos y hay insuficiencia económica; cuando las hijas o hijos permanecen solteros, cuando se retorna a la casa de los padres ante la ausencia de un varón proveedor en el nuevo grupo familiar. En este sentido, es importante resaltar que la manutención y coproveeduría es la parte central del imaginario de ser adulto. Imaginario que entra en conflicto con la incapacidad de la cabal proveeduría de los adultos jóvenes. Se presenta aquí una ralentización en el dejar de ser joven, instituida en las prácticas de dependencia en cuanto a manutención y protección. Paradójicamente, se pudo visibilizar a través del ejercicio etnográfico, el fenómeno de *retorno de los adultos jóvenes al hogar parental*. Las prácticas concretas de los entrevistados adultos jóvenes en Puebla y Monterrey señalan que la proveeduría extendida y la prolongación del cuidado y crianza de los abuelos hacia sus nietos e hijos adultos jóvenes conforman un ensamblaje entre la *obligación parental continuada* y los *imaginarios del dejar de ser joven*.

Referencias bibliográficas

- Álvarez, C. (2013). Una línea delgada en el parentesco: los padres/abuelos y las madres/abuelas. En *Revista de Antropología Social*, (22), pp. 350-354.
- Ariès, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Madrid: Taurus.
- Arnett, J. (2008). *Adolescencia y Adultez Emergente. Un enfoque cultural*. Trad. María Elena Ortiz Salinas. Pearson Educación: México.
- Arroyo, M. C.; Ribeiro, M. (2011). La construcción de la categoría del cuidado femenino en la vejez: ¿debilidad de la política social o fuerza del discurso cultural? En: Cantú, P. y A. Kumar (coords.). *Sustentabilidad social: Dinámica de la violencia y segregación en la sociedad*, (pp. 259-294). Monterrey: Instituto de Investigaciones Sociales, UANL.
- Benedict, R. (2008). *El hombre y la cultura*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Bernardi, B. (2002). Age. En: Alan Barnard y Jonathan Spencer (eds.), *Encyclopedia of Social and Cultural Anthropology*, (pp. 21-23). Londres: Routledge.
- Casal, J. (1996). Modos emergentes de transición a la vida adulta en el umbral del siglo XXI: aproximación sucesiva, precariedad y desestructuración. En: *Revista Reis*, 75, pp. 295-316.
- Coelho, R. N.; Álvaro, J. L.; Garrido, A. (2014). Juventud alargada y trabajo: Desafíos del mundo laboral en las experiencias de jóvenes brasileños y españoles. En: *Revista Psicología: Organizaciones e Trabalho*, 14 (4), pp. 117-127.
- Coubès, M. L. y Zenteno, R. (2005). Transición hacia la vida adulta en el contexto mexicano: una discusión a partir del modelo normativo. En: Coubès, Marie-Laure et al. *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*. (pp. 331-352) El colegio de la Frontera Norte, EGAP, México: Porrúa.
- Durand, G. (1968). *La imaginación simbólica*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Figueroa, J. y Flores, N. (2012). Prácticas de cuidado y modelos emergentes en las relaciones de género. La experiencia de algunos varones mexicanos. En: *Revista La Ventana*, 4 (35), pp. 7-57
- Flores, G. (2018a). El apadrinamiento como rito de paso en el dejar de ser joven. En: F. Urbina, J. F. Lara y H. Gaggiotti (coords.), *Transiciones de juventud: llegar a ser y dejar de ser jóvenes* (pp. 107-134). México: INAH
- Flores, G. (2018b). *Prácticas y discursos en torno a las transiciones hacia la adultez: el dejar de ser Joven*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México.
- García, V.; Pérez, M. H.; Martínez, R. A. (2014). Aproximación a la participación de los abuelos y abuelas en la educación de sus nietos y nietas. En: *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 1 (1) pp. 571-579.

- Garay, S. y Mancinas, S. (2010). Una aproximación a la relación familia envejecimiento y política social en México. En: *Revista Kairós Gerontología* 13 (2), pp. 23-39.
- Garay, S. y Montes De Oca, V. (2011). La vejez en México: una mirada general sobre la situación socioeconómica y familiar de los hombres y mujeres adultos mayores. En: *Revista Perspectivas Sociales* 13 (1), pp. 143-165.
- Gentile, A. (2006). Una precaria transición a la edad adulta: inestabilidad laboral y límites del régimen familista de Estado del Bienestar. El caso de España. Unidad de Políticas Comparadas. En: *Consejo Superior de Investigaciones científicas*, pp. 1-30.
- Giménez, G. (2000). Materiales para una teoría de las identidades sociales. En: José Manuel
- Valenzuela Arce (coord.) *Decadencia y Auge de las Identidades. Cultura Nacional, Identidad Cultural y Modernización*, (2ª ed.). México, El Colegio de la Frontera Norte-Plaza y Valdés.
- Loaeza, S. (1988). *Clases medias y política en México: la querrela escolar, 1959-1963*. México, El Colegio de México.
- Loaeza, S. y Stern, C. (1990). *Las clases medias en la coyuntura actual*. México: Centro de Estudios Sociológicos, Colegio de México.
- Maldonado-Saucedo, M. (2015). El rol de la abuela en el desarrollo de los nietos. En: R. Mejía-Arauz (coord.) En: *Desarrollo psicocultural de niños mexicanos*, (pp. 271-293). Guadalajara – Jalisco: ITESO.
- Mead, M. (1979). *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Barcelona: Laia.
- Montes, V. J. (2004). *El adulto mayor en situación de pobreza y vulnerabilidad en el área metropolitana de Monterrey. Retos para la Política Pública*. Tesis de maestría, Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Oliveira, O. y Mora, M. (2009). Los jóvenes en el inicio de la vida adulta: trayectorias, transiciones y subjetividades. En: *Estudios Sociológicos*, 79, (XXVII), pp. 267-289.
- Ortiz, A. y Mendoza, C. (2016). Jóvenes doctorandos europeos y latinoamericanos en Barcelona. Experiencias migratorias y vivencias en la ciudad. Finisterra, En: *Revista portuguesa de geografía*, 102, (51), pp. 81-101.
- Osuna, M. J. (2006). Relaciones familiares en la vejez. Vínculos de los abuelos y de las abuelas con sus nietos y nietas en la infancia, En: *Revista multidisciplinaria de gerontología*, 1 (16), pp. 16-25.
- Paredes, N. (2013). Maternidad postergada. En: *Horizonte Médico*, 1, (1), pp. 45-50.
- Pérez, G. F. (2014). Trayectorias tempranas en el inicio de la vida adulta en México. En: *Estudios Demográficos y Urbanos*, 2 (29), pp. 365-407.
- Robles, L.; Rosas, M. D. (2014). Herencia y cuidado: transiciones en la obligación filial. En: *Desacatos*, 45, pp. 99-112.

- Solís, P. y Puga, I. (2009). Los nuevos senderos de la nupcialidad: cambios en los patrones de formación y disolución de las primeras uniones en México. En: Cecilia Andrea Rabell Romero (Coord.) *Tramas familiares en el México contemporáneo: una perspectiva sociodemográfica*. (pp. 179-198). México, DF: UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, El Colegio de México.
- Spencer, P. (1996). Age Organization. En: A. Kuper y J. Kuper (ed.). *The Social Sciences Encyclopedia*, (pp.219-228). Londres, Routledge.
- Tinoco, E. L. y Feres-Carneiro, T. (2012). Transición para la vida adulta: la transformación del rol parental. En: *Revista Interamericana de Psicología*, 2 (46), pp. 219-228.
- Turner, V. W. (1988). *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Trad. Beatriz García Ríos Madrid: Taurus.
- Urbina, F. (2011a). Noviazgos y matrimonios postergados: la noción del “buen partido” en la elección de pareja entre jóvenes trabajadoras. En: N. Ehrenfeld (coord.), *Mujeres y acciones: aspectos de género en escenarios diversos* (pp. 147-165). Casa Abierta al Tiempo, Universidad de Colima. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Urbina, F. (2011b). Mujeres empresarias. Reflexiones entre la noción de clase y el prestigio de la actividad laboral. En: S. G. Martínez, (comp.), En: *Mujeres y empresa*. (pp. 119-136) Universidad de Colima.
- Urbina, F. (2016). Paternidades, crianza y cuidado infantil en los discursos de jóvenes varones en Ciudad Juárez, Chihuahua. En: *Nóesis, Núm. Especial*. (25), pp. 119-142.
- Urbina, F. (2018). Los chambelanes de la quinceañera. Género, juventud y vida familiar en Ciudad Juárez. En: Urbina et. al. *Transiciones de juventud: llegar a ser y dejar de ser jóvenes*, (pp.77-106). México: INAH.
- Urbina, F.; Lara, J.F.; Gaggiotti, H. (2018). *Transiciones de juventud: llegar a ser y dejar de ser jóvenes*. México: INAH.
- Urteaga, M. (2009). Juventud y *antropología*: una exploración de los clásicos. En: M. Urteaga. *Juventudes, Culturas, Identidades y Tribus Juveniles en el México Contemporáneo*, (pp. 13-27). INAH.
- Van Gennep, A. (2008). *Los ritos de paso*. Madrid: Alianza Editorial.
- Villarreal, C. (2008). La soltería en mujeres de mediana edad. En: *Revista Reflexiones*, 1 (87), pp. 99-111.

Sitios web

- Consejo Nacional de Población (2014). La situación demográfica de México 2014. En: *México Secretaría de Gobernación*. Consultado el 21 de septiembre de 2018 Disponible en <http://www.conapo.gob.mx>

Encuesta Nacional de Empleo y Seguridad Social (2017). *Principales resultados*. México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía. Consultado el 12 de marzo de 2019. Disponible en http://www.beta.inegi.org.mx/contenidos/programas/eness/2017/doc/presentacion_eness_2017.pdf

Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Familias en México (2005). Base de datos para el análisis social. En: *Observatorio de información social*. Consultado el 22 de agosto de 2018. Disponible en <http://bdsocial.inmujeres.gob.mx/index.php/endifam-29>

Flor Urbina Barrera

Mexicana. Doctora en antropología social por El Colegio de Michoacán, profesora investigadora de tiempo completo en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Líneas de investigación: cultural regional, migración y familias, géneros y población joven.

Correo electrónico: florubi105@gmail.com

Gabriela Flores Balbuena

Mexicana. Doctora en ciencias sociales con especialidad en estudios culturales por la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Profesora investigadora de tiempo completo en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Líneas de investigación: cultural regional, vida cotidiana, familias y ritualidad.

Correo electrónico: gaflores@uacj.mx

Recepción: 31/01/19
Aprobación: 02/04/19